

# Cuerpos, espacios y violencias en los regímenes biopolíticos de la Modernidad. De maricas y homosexuales habitando “lo femenino”

Almudena CABEZAS GONZÁLEZ  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UCM  
macabeza@cps.ucm.es

David BERNÁ SERNA  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UCM  
dberna@ucm.es

Recibido: 06-05-2013  
Aceptado: 26-11-2013

## Resumen

El trabajo aborda la construcción del artefacto de “lo femenino”, la creación de la identidad homosexual y las diferentes violencias de género teniendo en cuenta la formación y consolidación de los estados-nación europeos y las formas del imperialismo decimonónico. A partir de un diálogo entre las geopolíticas críticas feministas, la teoría queer y el pensamiento decolonial, analizamos las ficciones políticas de las identidades -de la nacionalidad, la ciudadanía, la masculinidad, la feminidad y el tercer sexo-, como artefactos violentos, domesticadores y creadores de desigualdades.

A modo de genealogía proponemos “lo femenino” como un amplio espacio habitado por todas aquellas personas que carecen de las características definitorias de la masculinidad moderna. El análisis de la construcción de lo femenino en distintos momentos y espacios de la modernidad, da cuenta de los modos en que las tecnologías de la raza, el sexo y el cuerpo moldean a los individuos en la desigualdad y la violencia, legitimando las jerarquías espaciales que consolidan la hegemonía occidental y las formas de circulación del saber-poder. Nos interesa conocer los procesos político-discursivos a través de los cuales se construyen los cuerpos y las identidades situadas en “lo femenino” y cómo actúan los regímenes biopolíticos modernos al domesticar, sujetar y disciplinar la vida y los cuerpos de las poblaciones. En resumen, plantamos como las normalizaciones y las dinámicas alterizantes gestan las violencias hacia los sujetos no hombres (mujeres, homosexuales, personas con minusvalías, prostitutas, etcétera), habitantes de *lo femenino*.

**Palabras clave:** violencias sexo-genéricas, lo femenino, biopolítica, geopolítica, cuerpos, identidad/alteridad, homosexualidad, ciudadanía

## Bodies, spaces and, violence(s) in Modern Biopolitical Regimes On fag and homosexuals inhabit "The Feminine"

### **Abstract**

This paper analyses the construction of the artifact "feminine", the creation of the homosexual identity, and the diverse forms of gender base violence(s) from the formation and consolidation of the European nation-states and the nineteenth-century forms of imperialism. Based upon a dialogue between feminist geopolitics, queer theory, and postcolonial thought, we paper analyze the political fictions of identities –nationality, citizenship, masculinity, femininity and the third sex-, as violent artifacts, as tools of domesticity, and as creators of inequalities.

From a genealogical style, we propose "the feminine" as a large space inhabit by everybody who lacks the characteristics of the modern masculinity. This analysis in different times and spaces of modernity examines how technologies of sex, race and body shape people's experience of inequality and violence, legitimizing spatial hierarchies that consolidate Western hegemony and forms of the knowledge-power. We pay attentions to the political and discursive processes through are bodies and identities built. The focus is on modern biopolitical regimes, the actions to tame, to grippe and to discipline the life and bodies of population. In short, we address how the normalization and the otherness generate violence(s) toward people identified as no men: women, homosexual, lesbian, fag, transexual and foreigners; the inhabit of the feminine.

**Key words:** sex-gender violences, the feminine, biopolitics, geopolitics, bodies, identity/altherity, the feminine, homosexuality, citizenship.

### **Referencia normalizada**

Cabezas, A.; Bernà, D.. (2013). "Cuerpos, espacios y violencias en los regímenes biopolíticos de la Modernidad. De maricas y homosexuales habitando "lo femenino". *Política y Sociedad*, Vol.50 Núm. 3 771-802

**Sumario:** Introducción. 1.Biopolítica, identidad y espacio. 2.El orden discursivo de la alteridad 3.La construcción de "lo femenino" 4.Del Sodomita al Tercer Sexo. La Feminización de la homosexualidad masculina 5.Habitar "lo femenino" 6.Dolor y Violencia. Bibliografía

Existen formas radicalmente diferentes de distribución de la vulnerabilidad física del hombre a lo largo del planeta. Ciertas vidas están altamente protegidas, y el atentado contra su santidad basta para movilizar las fuerzas de la guerra. Otras vidas no gozan de un apoyo tan inmediato y furioso, y no se calificarán incluso como vidas “que valgan la pena” (Butler, 2006: 58).

## Introducción

Comenzamos estas páginas preguntándonos por los vínculos existentes entre las formas políticas de los modernos estados-nación y los individuos, sus cuerpos y subjetividades; una compleja cuestión abordada por una copiosa literatura, que comparte la conclusión de que la identidad es una ficción (Butler, 2002; Foucault, 1994, 2005; Hall, 1996; Lauretis, 1986; Preciado, 2009; Radcliffe y Westwood, 1996; Staeheli et Al., 2002). La identidad como un producto-ficción vivo<sup>1</sup> de la acción política sobre los cuerpos, generada por la acción interseccional de múltiples actores y dispositivos de poder que plantean la imposibilidad de existencia fuera de la misma. La identidad, naturalizada y esencializada con el propósito de secuestrar toda posibilidad de conciencia sobre este mecanismo de construcción y control.

La construcción identitaria nunca es azarosa pues la identidad, se produce a partir del cruce de estrategias enunciativas, en ámbitos históricos institucionales y en el seno de prácticas y formaciones discursivas específicas: surge dentro del juego de modalidades concretas de poder, siendo más el resultado del señalamiento de la diferencia y la exclusión que signo de una unidad idéntica, naturalmente constituida (Hall, 1996). Partimos de ella al indagar en las formas en que se ha instituido “lo femenino” en su devenir. Abordamos los procesos, nunca finitos, de construcción de las identidades a partir de la formación y consolidación de los modernos estados-nación y los regímenes biopolíticos como formas de gobierno de la población en Europa. Planteamos una aproximación genealógica<sup>2</sup> a las construcciones de “lo femenino” como espacio más amplio al que se incorporan las mujeres y todos los sujetos abyectos: maricas (gays), marimachos, bolleras (lesbianas), *travelos* (transgéneros y transexuales), travestis, transexuales; abordando los discursos políticos que son parte de los procesos de subjetivación que nos permiten situar la presencia

---

<sup>1</sup> Como Rancière (1987), entendemos las ficciones políticas como máscaras y espacios semiótico-materiales que nos constituyen al nacer, que el propio poder diseña, a partir de los cuáles se construye al individuo; pero toda ficción política produce realidad y genera efectos que la construyen y transforman.

<sup>2</sup> Seguimos la genealogía de la moral (Foucault, 1992) que huye de la búsqueda de orígenes en el pasado -de verdades objetivas y esenciales-, tratando de ubicar los orígenes de la creación de esas verdades históricas y el proceso de naturalización y esencialización que las hace incuestionables.

de estos actores en los paisajes y los mapas de poder nacionales y globales (Rose, 1993).

En este sentido, entendemos las tecnologías de género como parte de los regímenes biopolíticos, un producto de las lógicas de gobierno ligadas a las formas de poder-saber (Foucault, 2005), que generan tecnologías sexo-genéricas y la institucionalización de sujeciones de género ligadas a la dinámica de formación de los estados-nación europeos. Considerar la construcción del estado-nación, de las políticas nacionales y de los procesos de subjetivación que generan, es relevante a la luz de la enorme capacidad estatal para regular las relaciones de género, los cuerpos y las acciones involucradas en el proceso de recrear y transformar sus formas concretas (Radcliffe y Westwood, 1996). No en vano, son los propios estados las arenas desde la que se van a retar, precisamente, dichas sujeciones (Cravey, 1998).

Este aspecto ha sido ampliamente estudiado desde las geopolíticas feministas (Rose, 1993; Staeheli et Al. 2002), que muestran cómo las dimensiones de poder e identidad contribuyen a la constitución de las personas y de los lugares como sujetos, planteando la nacionalidad, género, religión, clase, casta, edad, nación, habilidad y sexualidad, como situaciones disparatadas dentro de una red de relaciones que trascienden las fronteras políticas reconocidas (Dowler y Sharp, 2001; Grewal y Kaplan, 1994). Una perspectiva socioespacial que podemos relacionar con la teoría queer (Butler, 1999; Kosofsky Preciado, 2008; Sedgwick, 1993), y cierto pensamiento decolonial (Castro-Gómez. 2007), y nos permite considerar las conexiones entre los niveles de poder microfísico, meso-físico y macro-físico, cuyo mantenimiento requiere el uso de la violencia política, social, económica y epistémica.

Entonces, abordamos la construcción de lo femenino, ahondando en la creación de la identidad homosexual y las violencias de género a partir de la formación y consolidación de las formas estatales modernas en Europa y del imperialismo decimonónico. Presentamos una narrativa con bifurcaciones y pliegues, que renuncia al afán cronológico y a la elaboración de una historia de verdades como narrativa cerrada, siguiendo una lógica expositiva que se desplaza en tiempos y lugares para abordar el devenir del artefacto político que llamamos "lo femenino" en su complejidad. No se trata, entonces, de recordar que "todo es político" sino de plantear la sexualidad como producto pero también como productora de relaciones de poder, cuyo análisis revela problemas políticos centrales para comprender las violencias sexo-genéricas y otros problemas políticos contemporáneos.

## **1. Biopolítica, identidad y espacio: el conocimiento al servicio del poder**

La relación entre la construcción/sujeción de los cuerpos y de las identidades, y las lógicas y dinámicas de gobierno ha sido resaltada a partir de los conceptos de biopolítica y biopoder, esbozados por Foucault<sup>3</sup>, que han guiado la producción literaria sobre esta interacción (Agambem, 1998; Butler, 2002; Davids y Van Driel, 2005; Deleuze y Guattary, 1989; Moss, 2005; Preciado 2002 y 2009; Rose, 1993). Los cambios producidos por la modernidad que dan lugar a nuevas formas de gobierno se refieren al lento, largo y complejo paso de una sociedad soberana, con formas de gobernanza tanatopolíticas, a una sociedad disciplinaria con formas de gobernanza biopolíticas (Foucault, 2006), como régimen de poder que poder construye y permite la vida, calculándola en términos de población, salud pública e interés de la nación. Durante estos cambios, el estado-nación se convierte en el espacio hegemónico de organización política de la modernidad, y se gestan y consolidan las principales estructuras para la administración del territorio, de la vida social y de la vida más íntima. De este complejo proceso, nos interesa destacar dos aspectos: 1) las formas en que las narrativas identitarias van a nacionalizar y sacralizar a los territorios, las personas y sus cuerpos; y, 2) la manera en que la vida, como tal, deja de ser un mero objeto y se convierte en el resultado de una serie de causas, fuerzas, intereses, acciones y reacciones, gestionadas por las políticas de la vida (Esposito, 2004: 23); teniendo en cuenta que se establecen múltiples interconexiones entre ambos.

Sobre el primero de ellos, el establecimiento de los límites de la nación permite cerrar el territorio y sujetar los cuerpos a la misma mediante procesos de identificación de los individuos que marcan las diferencias entre las y los nacionales respecto a los otros u otras, en contra de quiénes o frente a quiénes únicamente es posible la autoafirmación, un proceso que transforma el marco de las significaciones y acciones de los pobladores de un territorio concreto y sus subjetividades, e involucra distintos intereses de grupos y relaciones de fuerza. Y como cualquier unidad geográfica puede acumular significados susceptibles de ser politizados, siempre que haya capacidad de controlar el acceso a la misma -esto es, de fijar una frontera y establecer un afuera y un adentro-, los cuerpos son fundamentales en la construcción de las identidades y las culturas nacionales, tanto como el territorio y el acervo histórico (Radcliffe y Westwood 1996, Pequeño, 2007), pues las personas y sus vidas, una vez convertidas en ciudadanas y población son símbolos y representaciones de la nación.

En este proceso los cuerpos, y más tarde, las subjetividades son limitadas, fronterizadas y topografiadas, tal cual se hace en los mapas con el territorio, con idénticas lógicas y objetivos: sujetar y construir a los individuos y a las poblaciones,

---

<sup>3</sup> Como el concepto de biopoder es ambiguo en Foucault se recomienda revisar las interpretaciones reunidas por Ugarte (2006) y Castro-Gómez (2007).

delimitar sus formas y marcar la normalidad y la anormalidad, diferenciando lo propio y lo ajeno. Seguimos aquí la *somatografía* al ocuparnos de la relación del cuerpo con el poder, que puede entenderse como una representación del cuerpo o lo que viene siendo la inscripción del poder o de los poderes sobre los cuerpos, y también como el *somatopolítica* o poder a través del cuerpo como algo más específico (Mandoki, 2003)<sup>4</sup>.

Respecto de las modernas formas de ejercicio del poder van a gobernar la vida de las poblaciones y de cada uno de sus individuos, el segundo aspecto, nuestra atención se desplaza hacia a la alianza entre los productores de conocimientos y las estructuras políticas. De hecho, el desarrollo de las cartografías territoriales permite delimitar las naciones territorialmente y sus respectivas culturas, manejar y administrar el territorio<sup>5</sup>, y en algunas de estas funciones sobresale el rol de los ejércitos y las policías, cuyo trabajo concreto no es ajeno al control de los cuerpos. Los agentes a los que se transfiere y adscribe el monopolio de la violencia legal, como garantes de la normalidad y el status quo, incluyen entre sus quehaceres vigilar la salud pública y privada, siendo creciente su atención sobre las prácticas corporales de la población, en particular, las sexuales (Foucault, 1994, 2005).

Las denominadas enfermedades físicas, convertidas en patologías sociales y el estricto respecto a las nociones de higiene y su aséptico reinado serán la garantía para que la población mantenga comportamientos sociales apropiados, del mismo modo (salvando las diferencias temporales y espaciales en su extensión), que la creación de la escuela pedagógicamente moderna y la intensa labor de las sociedades científicas, museos y fundaciones, servirá para concentrar y difundir las evidencias del conocimiento sobre la naturaleza, la población y la nación, y volcar los saberes imprescindibles para conocer, planear y administrar, la nación y a sus habitantes, es decir: a la población (Stoler, 1995).

La irrupción de las instituciones gubernamentales en el manejo de los cuerpos y subjetividades se legitima en un pensamiento moderno que expresa preocupación por el cuerpo nacional, siendo la urgencia de Malthus (1789) por controlar la natalidad para evitar el desequilibrio entre los recursos y la población –hambrunas, enfermedades y guerras-, dada la sobrepoblación, un castigo divino que amenaza la supervivencia de la raza (Wrigley y Souden, 1986), la más conocida de ellas<sup>6</sup>. Sin

---

<sup>4</sup> Seguimos la noción general de somatografía y de somateca, utilizada por Preciado (2011), de los cuerpos como archivos políticos y culturales de los discursos médicos, políticos y audiovisuales que los representan y producen la normalidad o la patología que pretenden describir, distinta a su concepción como sedes de poder soberano, envoltorio/ domicilio, propiedad o territorio (Cabezas, 2012).

<sup>5</sup> Véase en Cházaro (2009) un análisis de la medición de cuerpos y territorios a través de superficies, arcos, distancias y alturas.

<sup>6</sup> Mandeville (1724) aboga por la creación de burdeles públicos para controlar a las trabajadoras sexuales, sus prácticas y las de sus clientes, tanto las enfermedades (cuerpos) y la moralidad (el alma); mientras Montesquieu (1748) relaciona el medio, sociedad y gobierno,

embargo, son los pensadores neomalthusianos, como Condorcet, quienes prestan atención a la calidad de los seres humanos a partir de regímenes de legitimación científicos (Avery, 1997). El paso de Malthus a Condorcet muestra los cambios producidos entre los siglos XVIII y XIX en torno a los sistemas de legitimación y veridicción, del cambio de regímenes soberanos (tanatopolítica) a regímenes disciplinarios (biopolítica). Malthus legitima sus tesis en un régimen teológico mientras Condorcet utiliza razonamientos y verdades científicas irrefutables.

El campo de la biotipología se extiende inmensamente desde finales del siglo XIX y la degeneración no será más un acontecimiento individual sino que las teorías de la degeneración tratan a los humanos como especie y a ésta como expresión del desarrollo del ser humano (Campos, 1998). Los discursos de saber-poder de higienistas y médicos claman y abogan por una intervención que modifique el peligroso devenir de las poblaciones, mostrando las formas de ejercicio del poder que tienen a la población en su conjunto como objeto de acción (Lopez, 2010). Las preocupaciones políticas sobre el cuidado y la construcción de la vida se hacen cada vez más presentes, desde el control de los nacimientos y la transmisión de enfermedades hasta los procesos en los que se produce la vida. Su desarrollo coincide con la consolidación de la biología como una ciencia de la vida que abarca tanto a las cuestiones de la materia -de la carne-, como los comportamientos y prácticas de animales y humanos -del entonces llamado espíritu (Foucault, 1994), a partir del trabajo de Darwin (1859)<sup>7</sup>, cuyo impacto en las ciencias sociales es de tal calibre que permitirá pensar las cuestiones políticas en términos de biología y zoología. Así, el determinismo biológico, el naturalismo y la metáfora social de analogía entre la selección natural y el dominio de los más fuertes como principios organizadores de la vida social, se consolidan como narrativas de verdad que legitiman el expansionismo estatal y la superioridad racial<sup>8</sup>.

La alianza científico-política, de saber-poder, vincula la salud pública, la organización del territorio y la educación. Es más, los objetos de estudio de las ciencias modernas reflejan los intereses y problemas de los poderosos, y sus narrativas de verdad alimentan la institucionalización del poder estatal y legitiman las dinámicas imperiales en la que están inmersos los estados europeos (Ratzel, 2011). Las nuevas

---

al considerar que la esterilidad de la tierra hace industriosos a los hombres y su extremada fertilidad causa su holgazanería; y, J. S. Mill (1848) relaciona el control de la natalidad con la demanda de mano de obra capitalista

<sup>7</sup> El evolucionismo es un hito central para el tema que nos ocupa pues aglutina los desarrollos científicos de la anatomía comparada, la taxonomía, la geología, la demografía, la economía política, etcétera

<sup>8</sup> La trama de estas verdades se encuentra en las clasificaciones que dividen a la humanidad en civilizada, bárbara y salvaje, a las sociedades en modernas, tradicionales y primitivas (Bull, 2005), en la afirmación de superioridad del estado europeo que se perfecciona frente a las civilizaciones bárbaras que decaen (Strayer, 1970), o en la condena a la desaparición de las sociedades sin estado (Mann, 2006).

disciplinas y discursos científicos coadyuvan a la consolidación del estado-nación y sus estructuras institucionales, siendo que la geopolítica y la antropología (y, posteriormente las relaciones internacionales) aparecen como ciencias guardianas gemelas –temporal y espacialmente desplegadas–, de la frontera discursiva entre lo “normal” y lo “patológico”; entre la comunidad auténtica, en cuyo seno la democracia es posible, y el mundo de extraños y peligros, que se encuentran al margen (Walker, 2012: 160).

La imaginación geopolítica moderna como una forma de ver el mundo es estimulada por los encuentros con las poblaciones del resto del mundo (Agnew, 2005: 160), siendo el estadocentrismo, el organicismo y determinismo ambiental orientadores del *encontronazo* que sufren otros pueblos con los conquistadores europeos. Es así como la narrativa de la anarquía internacional (Bull, 2005), la imagen de la política mundial durante el siglo XX, se consolida a partir del límite espacial que concibe “al enemigo” como un otro absoluto, que se desliza temporalmente para delimitar lo “primitivo” o lo “oriental” durante el XIX, y el “Tercer Mundo” o el “Mundo Subdesarrollado” durante buena parte del siglo XX.

Cuando los distintos caracteres identitarios se anudan con los procesos de subjetivación del ser moderno resultan las dicotomías biologizadas de la superioridad blanco/los otros, hombre/mujer, occidental/ bárbaro y de unos Estados sobre otros. Es aquí donde podemos situar la relevancia del espacio de “lo femenino”, del que nos ocupamos en el siguiente epígrafe. Si la biopolítica como gobierno de las poblaciones implica un conjunto de estrategias, que persiguiendo el bien colectivo nacional, gobierna la vida de las personas -tanto sus cuerpos-organismos como sus cuerpos-especie, y sus prácticas-, para alcanzar una completa gestión de los fenómenos biológicos, demográficos y económicos de la población, y de cada uno de sus individuos; el estado-nación disciplinario, construye la ciudadanía y transforma a los individuos en mano de obra nacional.

### **1.1. Ciudadanía y Nación: ficciones identitarias.**

El objetivo de los regímenes disciplinarios es la reproducción y control del cuerpo y el alma nacional, siendo que en estas lógicas de gobierno la sexualidad juega un papel central. Desde el siglo XVIII los discursos sobre la sexualidad se extienden y aparece la obligatoria revelación de la sexualidad de cada sujeto de forma pública. El sexo y el deseo se muestran como potentes y centrales vehículos del poder-saber. El puritanismo, es un giro táctico que utiliza el obligatorio desvelamiento con la finalidad de que los sujetos hallen la verdad de su yo, a partir de su sexo<sup>9</sup>., va a

---

<sup>9</sup> Foucault (2005) considera que la sociedad burguesa no reprime el sexo y la sexualidad con el fin de conducir el deseo y la libido únicamente hacia la producción capitalista, y crítica que la liberación del sexo y el deseo puedan acabar con el capitalismo. De hecho, el



producir y como en la medida de los mismos, los sujetos modernos somos producidos desde el poder disciplinario y los dispositivos de cuidado de la población, elaborados al interior de prácticas materiales y discursivas (Meloni, 2010: 19), que actúan de forma capilar, sigilosa y, casi invisible. A tal fin, proliferan talleres, escuelas, correccionales, hospicios, manicomios, cárceles, y constituciones, registros, censos, mapas, gramáticas, diccionarios, manuales de urbanidad y tratados de higiene, que articulan un conjunto de tecnologías que con sutileza coaccionan, controlan, sujetan y regulan, la existencia de los cuerpos y subjetividades para hacer de ellos sujetos del Estado. Entre sus finalidades también está la neutralizar todo desvío de la norma, pues el nuevo poder de la vida será cada vez menos coaccionador y más constructor y sujetador, conforme avanza en su consolidación (Foucault, 1995 y 2005).

La sutileza del poder dificulta la visibilidad de los vínculos existentes entre las formas políticas del mundo moderno, los estados-nación y los individuos, sus cuerpos y subjetividades. El sujeto emerge como un constructo consolidado, una categoría/ficción política-filosófica en el marco del proyecto de la modernidad, basado en las ideas de progreso, desarrollo, racionalidad y universalidad. Así se genera la supuesta singularidad de los individuos -de su autonomía y libertad-, que es encarnada en la ficción política del ciudadano: una ficción política viva, que siente, se mueve, crea y destruye. En consonancia con este proceso de subjetivación, los grandes debates en torno a la democracia, bien sean sobre participación o representación política, o bien, sobre la libertad y la igualdad, se centran y discurren a partir de las dos soberanías abstractas del mundo moderno: el estado y el individuo (Walker, 2012).

La invención de la ciudadanía homogeniza a la población para hacer viable su gobierno y, precisamente, en esta operación reside su éxito: crea una mismidad identitaria frente a las *otredades* exteriores, contaminantes y amenazantes. Los ciudadanos nacionales se unirán de ahora en adelante frente a otros no nacionales, dando su fuerza vital como fuerza de trabajo y como fuerza de guerra, para defender y ensalzar a la nación, de forma que la nacionalidad une a los ciudadanos, al tiempo que oscurece sus múltiples ejes de diferencia y desigualdad (Cairo, 2001). Además, con el artefacto moderno de la ciudadanía es posible transformar a los “bárbaros” internos, que por distintas razones están aún fuera del alcance de las modernas formas de gobierno (población rural, grupos étnicos minoritarios como los gitanos y el resto de poblaciones subalternas y excluidas), en ciudadanos: sujetos imprescindibles para la existencia de la nación. Y si cualquiera de estos bárbaros tiene la desdicha de no pertenecer a un estado, de no adquirir la ficción identitaria de la

---

poder no es un obstáculo epistemológico, sino que se produce y promueve su producción, catalizando el saber y concediéndole posibilidad a partir de la creación de un campo de visibilidad.

ciudadanía estatal, ya sabemos que su sentencia como apátrida en nuestro mundo moderno es inapelable (Arendt, 1951).

Al respeto, las narrativas de la identidad nacional tienen como *performance* y objetivo el ser y parecer la expresión de una historia “verdadera”, aunque respondan, más bien, a una construcción de regímenes de verdad<sup>10</sup>. La construcción de este espacio semiótico-material que aglutina a la población, identificando a los sujetos como semejantes, se lleva a cabo principalmente con base al establecimiento de un territorio, una historia, una cultura nacional mediante la identificación de una lengua, religión y otros atributos colectivos, pero también mediante la existencia de unos cuerpos ficcionalmente simétricos que se ajustan a un patrón definido, indisolublemente unidas a las construcciones sexogenéricas y raciales. No cabe duda que el orden discursivo genera los lugares de emergencia del sujeto y los espacios en los que éste queda sujeto, a partir de la ubicación en la que emerge, siendo que en los procesos de identificación se construye y sujeta a las poblaciones y a los individuos, ya que los sujetos “*necesita[n] identificarse con algo porque hay una ausencia de identidad original e insuperable*” (Laclau 1994: 3); esto es: no hay *a priori* a la existencia (Butler, 1992). Ahora bien, nos interesan los procesos de identificación que esencializan fuertemente los rasgos característicos de los grupos y naturalizan las identidades en el permanente proceso de su afirmación, a fin de impedir su cuestionamiento y el surgimiento o creación de posibilidades de subjetivación diferentes de las identidades marcadas como normales por las tecnologías biopolíticas.

En este sentido, el cambio hacia el cuidado de la vida que introducen los regímenes disciplinarios a través de la biopolítica es un nudo gordiano mediante el que los ciudadanos permiten y legitiman al Estado, y consienten el gobierno de sus vidas y sus cuerpos, al menos tal y como se ha desarrollado en los territorios que identificamos como occidentales, especialmente de ciertas partes de Europa. La base de dicho consentimiento es la domesticación controlada a lo largo del proceso de construcción de la subjetividad de cada individuo, la tela de araña que establecen las tecnologías biopolíticas actuantes sobre cada sujeto. En dicho proceso, la construcción del espacio que denominamos “*lo femenino*” es fundamental y cumple unos roles específicos, en particular respecto a las violencias sexogenéricas.

---

<sup>10</sup> La identidad ciudadana es pues imprescindible para el ordenamiento y articulación industrial y comercial, y fundamental en la legitimación de los imperialismos en sus diversas expresiones modernas y las luchas antiimperialistas cuando éstas se convierten en luchas nacionales (Biersteker y Weber, 1996).

## 1.2. El orden discursivo de la alteridad

Parte fundamental de las identidades de los individuos modernos es definida por las prácticas y las morfologías corporales, entre las que destaca la gran frontera establecida en torno a los dispositivos de las identidades “hombres” y “mujeres”, y a las categorías subyacentes de heterosexuales y homosexuales.

La versión moderna e incluso podríamos afirmar el establecimiento de dichas dicotomías corporales se construye a la par que las prácticas y morfologías que definen la raza, y se unen a las dicotomías que establecen las jerarquías de poder y privilegio en torno a las divisiones: lo masculino y lo femenino, y los blancos y el resto, donde el segundo de estos pares actúa como otredad constitutiva de la primera, situada en inferioridad de ser y poder. El espacio de lo femenino es, por tanto, un espacio en el que se captura y confina a personas que no controlan su propia producción (Moss, 2005: 41)

Si la ficción de la identidad es pensada como fija, inmutable y homogénea, siendo el sujeto, además, parte y representación del estado-nación, la articulación entre las tecnologías del género, la raza y la clase, se produce mediante múltiples dispositivos interconectados, como los relatos sociales, científicos, político/ institucionales y de ficción. Un amplio rango de acciones políticas e institucionales confluyen para dar forma a los modernos cuerpos e identidades, en la construcción de cuerpos generizados, sexualizados, racializados y nacionalizados. El resultado, con base a las lógicas de la identidad-diferencia, es que los cuerpos no blancos y no masculinos, no enriquecidos y no heterosexuales, no son considerados normales; sino automática y esencialmente negativos, inferiores, peligrosos, y contaminantes respecto a, y para, los cuerpos e identidades normales: los cuerpos blancos, masculinos, enriquecidos y heterosexuales.

El éxito de los nuevos regímenes de poder se alcanza a través de la articulación y modificación de las diferentes formas de subjetivación e identidad, pues como señalan Althusser (1978) y Foucault (2005), los sistemas jurídicos de poder producen a los sujetos que van a representar a continuación. Los diferentes campos de fuerza-discursos, acciones políticas e instituciones se cruzan para hacer de la identidad una pieza central de las nuevas formas de gobierno; que no se limitan a someter sino que principalmente buscan normalizar y disciplinar.

El análisis de las identidades se enriquece cuando dejamos de tomar “lo femenino” y su relación con la homosexualidad y la heterosexualidad y las categorizaciones e identidades raciales (y otras, como las etarias, por ejemplo), como acontecimientos naturales, y los abordamos como: *frutos de la acción institucional realizada a partir del lenguaje* (Austin, 1996) y *de la agencia* (Searle, 1997), que *generan marcos de inteligibilidad concretos en los que las personas existen, dentro y para unos parámetros determinados.*

Ahora bien, las identidades de los nuevos sujetos emergen en un contexto de inteligibilidad que conecta al individuo con un espacialidad específica y una expresión concreta de la producción capitalista. Esto es: cada individuo al ser parte del estado debe, en consecuencia, seguir el modelo de normalidad que se impone, pues

representa a la nación en las dinámicas identitarias de creación de un nosotros común, superior y moderno; el sujeto como ciudadano de un estado que es concebido como un organismo en la que todas sus partes han de estar en consonancia y cumplir adecuadamente su función (Ratzel, 2012). En este correlato, aquellos cuerpos que se alejan del modelo de normalidad son construidos como cuerpos enfermos, abyectos, que peligrosamente pueden contaminar al resto de cuerpos, al cuerpo social.

Las bipolaridades identitarias —heterosexual/homosexual, hombre/mujer, blanco/negro, nacional/extranjero, normal/anormal y sano/enfermo—, ponen en juego las dinámicas de alterización, de forma interseccional y mutuamente constituyente; y, cabe resaltar: siempre de forma violenta. De hecho, cuantas más alterizaciones se interseccionen en un sujeto, más formas de violencia recaerán en él. Por eso, en la búsqueda de alteridades constitutivas de la identidad normalizada se recurre a sujetos cercanos, históricamente criminalizados, perseguidos, aniquilados y excluidos —como los *locos*, *putas*, *brujas*, *tullidos*, *tontos*, *gitanos*, *pobres indignos* y *judíos*—, y también a aquellos otros seres, que son parte de los nuevos discursos de alteridad post-darwinista: personas e individuos que serán construidos como exteriores constitutivos de la normalidad. Por ejemplo, los pueblos no caucásicos serán definidos en numerosas ocasiones por la ciencia biológica más ortodoxa como variedades zoológicas inferiores en términos evolutivos (Sánchez, 2007). En numerosas publicaciones se analizan los rasgos anatómicos para demostrar cómo los individuos diferentes de otras culturas son biológicamente más parecidos a los simios que a los humanos (Haller, 1995), al mismo tiempo que se buscan, hallan o crean, ejemplos de las mismas. De hecho, los discursos de poder-saber como la antropología física y la biología humana del momento, entre otros, legitiman la desaparición de numerosos grupos étnicos dada su supuesta pero científica inferioridad frente al hombre civilizado.

Durante las eras geopolíticas civilizatoria (1815-1875) y naturalizadora (1875-1945), en las que se genera y expande el capitalismo industrial (Agnew 2003), los cuerpos diferenciados se exponen e introducen en los autodenominados países civilizados a fin de marcar la alteridad. Las formas que toman estas prácticas van desde zoológicos donde cada grupo humano exótico es comúnmente agrupado en forma de familia nuclear detrás de unas rejas o barandas, a circos o muestras monográficas (Pedraza, 2009). Los seres con habilidades o formas corporales tildadas como raras y/o monstruosas, que presentan distintas formas de minusvalías físicas, psíquicas u otras variabilidades humanas (*freaks*), por ejemplo, bosquimanos e indios amazónicos, son trasladados a las ciudades para entretener al creciente público que se concentra en las mismas, pero también y lo que nos interesa destacar con la finalidad de transmitir mediante sus cuerpos y formas de estar en el mundo el discurso de la otredad.

Tal es el caso de Julia Pastrana, una india mexicana con hipertrichosis<sup>11</sup>, dada a conocer como la mujer gorila o la mujer más fea del mundo, que fue vendida, comprada y enseñada en circos, ferias y museos, llegando a estar exhibida durante semanas en el Salón Gótico de Broadway en Nueva York, con un cartel en la puerta que rezaba: *The Marvelous Hybrid or Bear Woman*, y en circos y fiestas, una vez embalsamada tras su muerte. El cuerpo de Julia y los correlatos que lo acompañaban sirven para expandir los discursos evolutivos y alterizantes entre la población burguesa occidental u occidentalizada.

De igual forma, la vida de Sarah Bartman (1789), mujer procedente de la actual Sudáfrica y perteneciente a la tribu Khoisan, nombrada por los colonos holandeses como *Hottentote*, ilustra con claridad estos procesos de construcción de lo individual y de lo nacional a partir de la otra. Sara es traída a Europa como esclava en 1810, siendo sus formas corporales, consideradas “exóticas y monstruosas” estudiadas, tocadas y topografiadas en museos, facultades de medicina, circos, y en las fiestas de la nobleza y la incipiente burguesía (Pedraza, 2009). La teoría evolucionista de Lamarck de las razas humanas, en pleno auge, halla en Sarah un fenotipo distinto: el de los salvajes negros que representan etapas precedentes de la evolución de la especie humana; la convierte en un artefacto *somatográfico* otro, el exterior constitutivo que acumula aquellos componentes que las mujeres burguesas no son: salvaje, esclava, negra y violenta, un cuerpo opuesto al cuerpo controlado y sutil de la mujer civilizada y de buenas maneras. Como Sara y Julia, muchas otras y otros son creados y recreados en esa función necesaria de espejo oblicuo al que se asoman los nuevos hombres y mujeres que construye la modernidad (Badou, 2000; Fausto-Sterling, 1995).

Los seres “monstruosos” pertenecen a un universo *queer*, en el sentido en que bordean las fronteras de los géneros, sexo y de especie, pues no son contruidos como mujeres ni como hombres, animales o seres humanos, sino todo ello al mismo tiempo y ninguno a la vez. Sus cuerpos, muestran la centralidad de la otredad en la construcción de la nueva sociedad burguesa y moderna, que se legitima en el progreso y que sataniza la barbarie como un obstáculo al mismo. Los nuevos sujetos burgueses, los ciudadanos se distinguen por tanto de los bárbaros (los no europeos) y de los monstruos, cuya mera existencia amenaza el orden establecido: a la nación, la propiedad y la empresa. El incipiente proletariado, los marginados urbanos, los “seres monstruosos” y, siempre, los y las otras coloniales, son sujetos que danzan anclados a la otredad. Como hemos visto, los darwinistas sociales encuentran/construyen a partir de Julia y Sara los eslabones perdidos entre el homo sapiens y los primates, monstruos (*freaks*) que confirman tanto las teorías darwinistas de la supremacía y evolución de las especies, como la necesidad de domesticación de los seres inferiores. Como ha estudiado Gorbach (2000), durante el siglo XIX se insti-

---

<sup>11</sup> Síndrome caracterizado por el crecimiento excesivo de vello en la cara y el cuerpo, gran tamaño de las orejas y la nariz, y una dentadura y mandíbulas también grandes.

tucionaliza la teratología como ciencia cuyos practicantes se dedican a coleccionar, seccionar, estudiar y teorizar sobre seres con formas físicas anormales. En ella, en contraste con la tradición medieval, el monstruo no es el resultado del castigo divino o acción demoníaca, sino un representante de la arbitrariedad o producto de los descarríos femeninos; el monstruo abandona el espacio de la superstición y el miedo para ser colocado primero en la mesa de autopsia y, más tarde, en los estantes de los museos<sup>12</sup>.

## 2. El artefacto biopolítico de “lo femenino”

Recuperando nuestro argumento principal, lo exótico y diferente no se crea únicamente a partir de los sujetos coloniales, con fenotipos raciales diferentes y animalizantes, sino que también se produce a partir de las otredades locales, en este caso: los delincuentes, las mujeres y los nombrados como pedófilos<sup>13</sup>, uranistas, sodomitas, y, muy posteriormente, de homosexuales, que juegan un rol principal en la construcción de este nuevo orden de las poblaciones y los individuos. En la tradición occidental, como ha señalado Butler (1990), haciéndose eco de S. de Beauvoir y en diálogo con L. Irigaray, la mujer desde el propio momento de ser construida como sujeto es situada en el espacio del no ser, el espacio máximo de otredad, y la ficción mujer va a ser el espejo inverso del hombre, estando desde un principio definida desde la carencia. Infantilidad, debilidad, dependencia, idiotéz y una larga lista de adjetivos denigrantes componen la definición del sujeto mujer decimonónico; siendo, la ficción hombre definida por la oposición positiva a estas supuestas cualidades de la mujer, lo que le sitúa en la cumbre de la escala social, como el hacedor de la historia, de la ciencia y el eje central de la sociedad y su desarrollo. De hecho, en un principio únicamente los varones, aunque no todos, adquieren el reconocimiento de la condición ciudadana.

No vamos a ahondar en esta cuestión que hace del hombre todo aquello que no es la mujer, y convierte a ésta en inferior y dependiente, pues ha sido ampliamente tratada por distintas teorías feministas<sup>14</sup>. Más bien, señalamos que en este proceso no puede pasar inadvertido que la propia formulación de la norma que construye a los sujetos, introduce la violencia y la subalternidad como parte esencial de ser mujer y, por ende, de toda la ficción política femenina. Al forjarse las nuevas for-

---

<sup>12</sup> Destaca en la teratología la forma en que unas prácticas generativas de otredad, previamente legitimadas por la divinidad y un conjunto de creencias religioso-mágicas, se convierten en disciplina y verdad científica, controlada por normas y procedimientos.

<sup>13</sup> El término pedófilo, *de pedofilia*: amor por los muchachos; es empleado en 1849 para definir a los practicantes de esta perversión; en Hekna (1996).

<sup>14</sup> Se toma a Beauvoir (1949) como el punto de partida de una extensa indagación, cuya revisión en español se da en Amoros y de Miguel (2007), Puleo (2000), Valcárcel (1991).

mas de gobierno de la vida y, por tanto, las tecnologías de seguridad y gobierno de los sujetos, junto a la bipolaridad de hombre/mujer, y de masculinidad/feminidad, se crea la bipolaridad heterosexual/ homosexual, que hace de los sujetos situados en el espacio semiótico material de la homosexualidad parte de “lo femenino”; siendo éste, un espacio amplio y variable que, con grandes matices y variaciones, acoge a todo aquello que no es un hombre, es decir, a los exteriores constitutivos de las identidades sexogenéricas.

El espacio de lo femenino es habitado por mujeres, gays, lesbianas y transexuales, y toda una gama de seres con sexualidades o prácticas desviadas de la norma, que construyen la alteridad y permiten reafirmar la ficción normativa ser hombre<sup>15</sup>. Tal y como concluye Badinter “un hombre alcanza la masculinidad mediante tres negaciones básicas que debe probar constantemente: que no es mujer, que no es bebé y que no es homosexual” (1996: 50-53). Estas tres categorías identitarias cimentan la identidad masculina, pues no ser mujer comparte con no ser bebé y no ser homosexual una gama de nociones tradicionalmente definitorias de lo femenino, como debilidad física y emocional, ausencia de valentía e inteligencia y emocionalidad exacerbada<sup>16</sup>, frente a la razón masculina, una esfera del dominio de las pasiones y no de razón ilustrada; que definen normativamente el ser mujer normal en la moral burguesa del diecinueve. Un orden discursivo que únicamente permite a las mujeres dos roles bipolares: ser prostituta o madre; en el que se fragua el mito moderno del amor romántico moderno, una fuente inagotable de violencias hacia las mujeres (Esteban y Távora, 2008).

Este modelo hegemónico de femineidad se vincula además con el desarrollo de la superioridad moral de la civilización occidental, a través de la adecuada sujeción de las mujeres al cuerpo de las naciones victoriosas. Ya hemos visto como la sexualidad crea, transforma y reproduce las jerarquías sociales y espaciales, y las naciones dominantes serán asociadas con una capacidad superior de auto-restricción y

---

<sup>15</sup> Conscientes de que esta cuestión puede y quizá deba suscitar un debate en torno a los peligros de que en “lo femenino” se desdibujen realidades histórico-identitarias concretas y sus respectivas luchas - de las mujeres, lesbianas, etcétera; y, que dicho debate supera el alcance del presente artículo, se remite a literatura que ha abordado estas cuestiones: Borriello (2001), Braidotti (2004), Lauretis (1992, 1993), Osborne y Guasch (2003), Rich (2001) y Rubin (1975), entre otras.

<sup>16</sup> El diccionario de la Real Academia de la Lengua del Reino de España incluye entre las diversas acepciones del término femenino las de: “*Propio de mujeres*” y “*Débil, endeble*”; acepciones que no son privativas del real texto sino que están presentes en multitud de fuentes donde lo femenino es sinónimo de debilidad. En contraste la definición de masculino de la RAE es: “*varonil, enérgico*” y, por lo tanto, de fuerza y poder. Acudimos a esta breve y ejemplificadora definición como indicativa de la vigencia de discursos alterizantes negativos; RAE, en Internet: <http://lema.rae.es/drae/?val=femenino> y <http://lema.rae.es/drae/?val=masculino>, consultado 30 de enero de 2013.

disciplina; de hecho, ésta se piensa, a menudo, como un espacio de afirmación de una cultura civilizada, y en ella, los cuerpos son distintivos: para los otros y las otras, la incivildad, la brutalidad, la violencia, la bestialidad, la pornografía o la barbarie; para los poderosos del mundo, identificados con occidente, la pureza, la santidad, el seguimiento, control y domesticación de las unidades que se/nos desvían/ desviamos del problema de la naturalidad (Blidon y Roux, 2011). No en vano, el proceso de civilización consiste, en gran medida, en la capacidad de refrenar la sexualidad instintiva, lo que se traduce espacialmente en una lógica clasificatoria que justifica y refuerza las jerarquías territoriales.

Por otro lado, a las características definitorias de lo femenino se unen aquellas otras de perversión y furtividad que han venido definiendo discursivamente a los hombres gays desde el siglo XVIII. Y es, precisamente, esta coincidencia, que en absoluto creemos como tal, lo que nos lleva a plantear el espacio de “lo femenino” y su constitución como una de las claves a la hora de comprender las violencias basadas en los regímenes sexo-genéricos. No en vano, “la mujer”, que por otro lado no tenía como tal ningún lugar en la sociedad, designada como el único objeto sexual social, es también la falta atribuida a la relación homosexual (Hocquenghem, 2009: 54). De esta forma, la categoría de “mujer”, es decir, lo femenino va a recaer de forma reiterada, heteronormativa y misógina sobre los cuerpos y subjetividades de todo aquel individuo que, por una u otra razón, sea leído con alguna carencia definitoria de la masculinidad.

El conjunto discursivo hegemónico y heteronormativo que define la ficción política viva “mujer” que le asigna los rasgos de fragilidad, vulnerabilidad, dependencia y escasa o nula capacidad racional, presenta a seres que siendo débiles, rehúyen el enfrentamiento y actúan de forma soterrada e individual. Y decimos seres, pues ya sabemos que las mujeres no eran sujetos de derechos ni ciudadanas, y que la adquisición de esta condición supuso un arduo proceso, en algunos aspectos aún por concluir. De esta forma, la estructura varón/hembra señala lo femenino como una constante amenaza ante la verdad, ante el orden mitologizado desde y para los varones, es decir: para el poder del hombre. En una cadena de consideraciones, cuyo origen es negativo y no solo diferente, lo femenino se consolida como una amenaza permanente para el orden y la realidad que desde lo masculino se designa como la normalidad.

Llegadas a este punto, en un marco de inteligibilidad donde las identidades son el resultado del cruce entre las prácticas y los discursos de verdad sobre los cuerpos y sus formas; y, los cuerpos, son leídos en base a un esquema bipolar enfrentado, en el que solo pueden existir cuerpos masculinos, con prácticas sociales masculinas, y cuerpos femeninos, con prácticas sociales femeninas, cabe preguntarnos ¿cómo es posible que se sitúen a los sujetos con formas corporales masculinas en la categoría de lo femenino?

En las siguientes páginas abordamos el surgimiento de los discursos de verdad científicos y políticos que posibilitan esta aparente incongruencia, dando ahora relevancia a los discursos psiquiátricos y médicos, por su especial relación con las estructuras de poder, en la tarea biopolítica de control de las poblaciones. Deseamos



dar cuenta del entramado de prácticas materiales y discursivas que ha generado el modelo normativo homosexual, imperante desde el siglo XIX hasta hace apenas unas décadas, dejando de lado los cambios introducidos por las diferentes luchas identitarias gays y el descubrimiento posterior, de un nuevo sujeto/objeto a construir y sujetar al servicio del capital de alta utilidad a partir del *mercado rosa*<sup>17</sup>.

### **3. Del Sodomita al Tercer Sexo: la feminización de la homosexualidad masculina**

Según Vázquez (2001), médicos, psiquiatras, juristas e higienistas sociales como Tardieu, Esquirol, Tortuelle, Hufelad, Deslandes, entre otros, centran su atención en la degeneración de la raza humana a partir de las prácticas sexuales durante el siglo XIX. Su intencionalidad es marcar y diferenciar a los potenciales degenerados, para aislar a los verdaderos pervertidos de aquellos otros con conductas obscenas o viciosas, que no serán considerados homosexuales verdaderos, sino categorizados como depravados por gusto. Con ellos se pone en marcha una verdadera estrategia multilateral de eugenesia social<sup>18</sup>.

Paralelo a este proceso se asienta y naturaliza el modelo nuclear de familia heterosexual monógama, de control de la sexualidad y reproducción de la mano de obra que precisan la industria y el ejército nacionales. Este modelo familiar será el gran antídoto para prevenir la degeneración de la población que los higienistas sociales llevan décadas denunciando, y que convierte a la mujer en el “*ángel del hogar*”, haciendo surgir la nueva figura política de la madre como el sujeto central que mantiene y reproduce el hogar monógamo y heterosexual, que actúa como antibiótico para prevenir el contacto con las bacterias nocivas y contaminantes. El rol de madre es el más significativo y único realmente relevante para las mujeres que en las demás funciones, como esposas y/o hijas, se encuentran supeditas. De hecho, la condición de madre convierte a las mujeres en depositarias de las esencias nacionales como paridoras de los hijos de la patria.

Todo ello coincidiendo con el discurso médico que crea el cuerpo femenino como un cuerpo independiente, opuesto al masculino, pues el descubrimiento de los

---

<sup>17</sup> Conjunto de estrategias dirigidas a hombres homosexuales para impulsar la compra de artículos asociados con la belleza, el cuidado personal y la moda, parte del mercado gay (Tuncay y Otnes, 2008).

<sup>18</sup> El concepto de eugenesia de raíz griega hace referencia al ser “bien nacido” o “buena reproducción”, siendo la eugenesia social una serie de prácticas biomédicas, higienistas y policiales concretas vinculadas con el darwinismo social, las ideas maltusianas, la preocupación burguesa por la creciente pauperización y el aumento de las enfermedades entre la población de los suburbios de las grandes ciudades y la delincuencia, que plantea la selección funcional del ser humano a partir de la mejora de las razas.

ovarios y las trompas de falopio (1918) destierra la creencia de ser el cuerpo femenino un erróneo del cuerpo masculino.

Para el estado liberal la familia nuclear hetero-centrada es una cuestión pública y dentro del paradigma de la “inmunidad” la familia es el artefacto encargado y capaz de regular las prácticas privadas de los sujetos (Donzelot, 1979). En ella, se implanta una jerarquización clara y unívoca, con asignación de roles y tareas en función de la edad pero, sobre todo, en torno a las identidades sexo-génericas. De hecho, la familia recibe del estado la función de reproducir y sujetar a sus miembros tal y como el poder necesita, convirtiéndose en una capilaridad tentacular del biopoder: los sujetos son una representación individual e insoluble de la unidad que es la familia, y bajo su moderna forma, todos los miembros pasan a estar controlados por, y a controlar a, los demás; siendo el papel de las mujeres-madres clave en el desarrollo de estas prácticas de carácter policíaco. El éxito de este ejercicio de control precisa que cada miembro de la familia tenga bien definidos sus roles y campos de acción.

Los cuerpos leídos como femeninos o como masculinos tendrán unas formas de acción, estética y sensaciones que no deben abandonarse bajo ninguna posibilidad. Sin embargo, cuando la participación de las mujeres empieza a ser evidente en algunas actividades públicas –como maestras, parteras, vendedoras, artesanas, escritoras, compositoras e intérpretes-, conducen al sector letrado, eminentemente masculino, a incorporarla a sus discursos sobre la nación. Ahora bien, las figuras de mujer se incorporan a los relatos nacionales con el objetivo de regular la participación de un sujeto emergente, más que como sujeto activo e independiente en los imaginarios nacionales. Y en dicho proceso, la politización de la maternidad y su vinculación con la nación y el nacionalismo, es un aspecto recurrentemente utilizado hasta la actualidad (Davids y Van Driel, 2005).

Ahora bien, durante las primeras décadas del siglo XX las sociedades europeas pequeño y medio burguesas sufren importantes mutaciones en las relaciones de género y la definición de los roles masculinos y femeninos. A la vista de algunos autores, las grandes ciudades europeas se estaban convirtiendo en un carnaval de desorden e impureza. Las nuevas modas estéticas que, por ejemplo, masculinizan a las mujeres en ropa y peinados, y la creciente presencia de éstas y de los “homosexuales” en ambientes políticos, intelectuales, culturales y de ocio, hasta el momento delimitados para los hombres, provoca una inquietud y conmoción, que se refleja en tertulias y publicaciones. La sensación de que el mundo se estaba poniendo al revés se hace palpable, pues estas prácticas ponen en entredicho la masculinidad hegemónica y cuestionan su posición jerárquica, generando la urgente necesidad de reorganizar la realidad y poner fin al aparente “desenfreno”. Las soluciones llegarán de la mano de la ciencia, siendo ahora las taxonomías, categorizaciones y diagnósticos de la psiquiatría las que delimiten y organicen el conjunto de prácticas consideradas “anormales”.

Una vez más el saber-poder es la estrategia que funciona pues divide, al tiempo, que refuerza la diferencia tanto entre los “anormales” como entre los normales que habitan la ficticia normalidad heterosexual (Hocquenghem, 2009). Los discursos

psiquiátricos y médicos con sus ecos en la literatura y prensa inventan el tercer sexo, creando esta nueva figura que no es ninguna de las dos anteriores: no hombre, no mujer; a partir de los hombres que tienen sexo con hombres, las marimachos, las sufragistas, las garçon a las mujeres que tenían sexo con mujeres, entre otras.

Siguiendo a Vázquez (2001) la homosexualidad, y más específicamente la identidad homosexual se genera a partir de la definición de Westphal (1870) del concepto de *una sensibilización sexual inversa*, creado por Kart Marie Benkert (1869). Desde entonces, investigaciones y trabajos médico-psiquiátricos producen verdades que aterrizan en la identidad homosexual, cosa que hasta el momento nunca había existido ni a lo largo de la historia occidental, ni en otras geografías. En la emergencia de la ficción identitaria homosexual destaca la contribución del médico Tardieu, que a partir de un archivo “etnográfico (con más de cien casos observados), realiza un minucioso perfil social e incluso anatómico del individuo pederasta, y considera la homosexualidad como una patología física y social. Con aval estadístico que abarca desde el desciframiento de los signos físicos al estudio sociológico de las condiciones de vida, las costumbres, el lenguaje, las formas de asociación y sus códigos, los indicios corporales aparentemente más inocentes y los gestos más triviales se interpretan como síntomas de un tipo específico y cualitativamente peculiar de conducta sexual y de un tipo de persona (Vázquez 2001: 150).

Unas formas emocionales concretas, morfologías corporales, formas de expresión, gustos, infancias concretas y traumáticas, prácticas sexuales y deseos unívocos se inventan y construyen como una verdad científica incuestionable definitoria de un “tipo” de personas a partir del saber-poder. Y la progresión del discurso médico-psiquiátrico es imparable, sobre todo a partir de Freud, quién definirá con gran claridad a partir de la metodología positivista de creación de verdad, el espacio de alteridad y otredad en el que serán situados los sujetos “anormales”<sup>19</sup>, frente a quienes la ficción heterosexual emerge como el único espacio posible de vida. Como ya hemos adelantado, la creación de esta tercera ficción viva, remarca la diferencia y alteridad, a la vez que la introduce en el marco de la norma, es decir, de lo semejante, dotándola de entidad física e identidad social, junto a las dos otras identidades de sexo-género que ya existían. Por lo tanto, el *Tercer Sexo* queda sometido a las mismas leyes. Encontramos aquí la semilla de la ficción identitaria homosexual que con el pasar de los años y el peso de las diferentes tecnologías se va a convertir, del mismo modo que las anteriores, en un artefacto de control y sujeción de los cuerpos.

Consideramos que durante el siglo XX estos discursos de verdad viran ligeramente su rumbo y la nueva categoría del tercer sexo/homosexual es nuevamente

---

<sup>19</sup> Freud llegará a nombrar la homosexualidad como “perversión” en *Tres ensayos para una teoría sexual*, prueba clara de que la homosexualidad sigue siendo pensada como una enfermedad y mantiene la herencia del siglo XIX, a pesar de lo revolucionario de sus planteamientos psicológicos.

clasificada. En sus inicios, “la inversión sexual” como la manifestación de una anomalía degenerativa donde el individuo se siente con cuerpo de varón y alma de mujer (Vázquez, 2001) De la mano del discípulo de Freud, Sandor Ferenczi, aparecen el “*homoerotismo de sujeto*” y el “*homoerotismo de objeto*”, en referencia a un hombre que se siente mujer, ya no únicamente durante la relación coital sino durante todas las facetas de su vida. Emerge, de esta forma, la figura del *homosexual pasivo*: un homosexual femenino, delicado, débil e histérico; una clave en la génesis del artefacto que llamamos “lo femenino”.

En muchos países europeos la homosexualidad implica una fructífera alianza entre la medicina criminológica, la justicia y el discurso político y religioso, presente también en otros espacios de creación discursiva como la literatura y el teatro. Fruto de esta alianza y de los cambios sociales y económicos del siglo XX, el discurso médico psiquiátrico se amplía con los discursos de la peligrosidad social que vinculan la homosexualidad con la prostitución y el abuso sexual de menores. Por debajo permanece, ya que nunca llegará a desaparecer, la idea eugenésica de que la homosexualidad es un mal social contaminante que muestra la degeneración de la población, siendo necesaria y justificada la intervención directa de todas las tecnologías del poder.

En concreto, el mal que supone uno de los mayores peligros de feminización del varón, el acto de la prostitución, es pensado desde la pasividad del sujeto que la ejerce. Ahora el problema es la falta de firmeza con la que la masculinidad y la feminidad están definidas y separadas, lo que provoca que determinados individuos *enfermos* caigan en este mal y contagien a otros, especialmente a los jóvenes y menores. Un exponente claro de dicho discurso es G. Marañón, que aboga por fortificar la diferencia de los sexos, exaltando la varonía de los hombres y la feminidad de las mujeres:

“El hombre tiene construida su economía para el desgaste, es decir, para la lucha en el ambiente externo. La mujer está hecha para el ahorro de la energía, para concentrarla en sí, no para dispensarla en torno; como que en su seno se ha de formar el hijo que prolongue su vida, y de su seno ha de brotar el alimento de los primeros tiempos del nuevo ser. Es, pues, indudable que la mujer debe ser madre ante todo, con olvido de todo lo demás si fuera preciso, y ello por inexcusable obligación de su sexo; como el hombre debe aplicar su energía al trabajo creador de la misma ley inexcusable de su sexualidad varonil (Marañón, 1929: 438)

Este respetado médico se hace eco del pensamiento de sus contemporáneos europeos, aunque escribe desde una posición benévola, pues no habla de matar, asesinar o perseguir penalmente a los homosexuales (Bernà, 2012). Al definir la homosexualidad como una enfermedad que necesita de control y cura, se trata de aplicar métodos racionales para acabar con el mal de raíz, algo imprescindible dada la necesidad urgente de regeneración de la población española. Vemos como, una vez más, el discurso de la enfermedad social, de la población, se relaciona con el nacionalismo, ya que la identidad nacional es afectada/infectada por la existencia de los homosexuales; siendo, además, posible señalar que la enfermedad homosexual -aún siendo

una epidemia global-, proviene del exterior, donde realmente se encuentra el peligro del contagio para una sociedad pura que nunca lo ha sufrido (Vázquez 2001; Cleminson 2008). De hecho, la operación no es nueva, pues en el diagnóstico sobre la pérdida de las colonias de Cuba y Filipinas, se alude a la necesidad de *regeneración*. Como es sabido, el *regeneracionismo* como pensamiento político es abundante en metáforas sobre el “debilitamiento físico”, la “desvirilización” y el “afeminamiento” de la población, dentro de la retórica que justifica los considerados desastres nacionales. El higienismo y la medicina social posicionan la degeneración de la población con tal magnitud que aquello que llamaban “la raza” española fue pensada como en peligro constante (García y Álvarez, 1994).

Si la nación moderna se refleja y es reflejada en los cuerpos y prácticas de cada hombre, la raíz de sus males se encuentra en la falta de masculinidad de sus miembros, siendo el mal de España para J. Costa su condición de nación unisexual, formada por dieciocho millones de mujeres (Galván, 1971; en Vázquez G., 2001). La falta de fuerza, la incapacidad y el fracaso definen un espacio feminizado y una identidad que no es adecuada para la nación. Si la alteridad de las naciones configura un entendimiento del espacio global jerarquizado a partir de las nociones que feminizan a aquellos inferiores (McDowell, 2000), los discursos de la degeneración y regeneración sirven para analizar la decadencia de las poblaciones nacionales y criticar las malas gestiones políticas de los oponentes, así como para establecer la jerarquía entre espacialidades.

De hecho, el adoctrinamiento y control de los cuerpos centra gran parte de la atención y acción de los estados desde finales del siglo XIX, siendo relevante que los tres regímenes totalitarios occidentales en la década de los 30-40 del siglo XX utilicen el deporte como herramienta de control y civilización de los mismos. Tanto el régimen nazi de A. Hitler en Alemania, como los regímenes fascistas de B. Mussolini y F. Franco, en Italia y España, respectivamente usan el deporte para control y demostración del cuerpo sano de la nación; un modelo normativo de cuerpo racial y cuidado (Krüger, 1999: 67). En Italia, R. Ricci dirige la educación física de la juventud y se ocupa de excluir el deporte de las escuelas y someterlo a las directrices del partido, tal y como había hecho Hitler en Alemania, afirmaba: “*El fascismo ha fusionado el principio deportivo con el militar [...] y ha puesto normas para la preparación de los adolescentes y los jóvenes*” (Parboni, 1928: 3; en Viuda-Serrano y González, 2012: 48). Las demostraciones deportivas y los relatos del hombre-nuevo y también de la mujer-nueva inundan las ondas radiales y sus fotografías copan las portadas de prensa. Los discursos oficiales del régimen utilizan los cuerpos como depositarios de las esencias de la nación, comparados con los cuerpos de los otros, siempre inferiores. Esta dinámica de alteridad conduce a Hitler a organizar los Juegos Olímpicos en Berlín (1936), para mostrar al mundo la superioridad de los cuerpos arios frente a la inferioridad del resto (Riefestahl, 1938).

Ciertamente según avance el siglo XX, sobre todo tras la segunda guerra mundial, las mutaciones en las lógicas de gobierno del territorio y de los sujetos nos conducen a una era postbiopolítica (Preciado, 2008), a partir de formas gubernamentales complejas, de cambios globales, rápidos, múltiples, mediáticos, e incluso

más sutiles e invisibles. Sin embargo, no podemos detenernos en la vorágine de estos cambios y procesos que exceden nuestro objetivo inicial, a pesar de su trascendencia para comprender las violencias de género en sentido amplio, pues nuestro recorrido se ciñe al periodo que abarca del siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo XX, que suponen los cimientos y pilares de las mismas.

#### **4. Habitar “lo femenino”. Dolor y Violencia**

Los discursos del poder-saber que hemos abordado han llegado a formar parte de los imaginarios colectivos de tal forma que, incluso, a día de hoy, es fácil encontrar en cualquier centro de enseñanza que cuando un niño no quiere o no sabe jugar al fútbol -un espacio privilegiado para la construcción y demostración de la masculinidad en la infancia y la adolescencia (Anderson, 2009), reciba como insulto la acusación de *niña*, *sarasa*, *maricon*, y otros de larga lista de apelativos que nos conducen hasta el espacio de “lo femenino” como falta de masculinidad normativa<sup>20</sup>.

Hemos visto como el homosexual, ese individuo que no es hombre, pasa a ser entonces “como la mujer”, aun cuando el niño/hombre afeminado/feminizado, a lo largo de la historia y en distintas geografías no siempre ha sido asociado a una identidad o a un tipo determinado de objeto de deseo o prácticas sexuales homoeróticas. Esta identidad se forja en el siglo XIX, ya que anteriormente, por ejemplo, era una señal de pertenencia exclusiva a la nobleza y no denotaba ninguna relación con prácticas sexuales o desviaciones de la normas (Halperin, 2004).

Los discursos científicos legitimados como discursos de saber-poder y las prácticas institucionales a que dar lugar se instalan en la población, generando un modelo identitario hegemónico como única posibilidad de existencia para aquellos que “no eran hombres”, que no podían o que no se les dejaba ser hombres de otra forma. Así, el *gay* se asimila a la mujer en tanto que instancia señalada desde la posición de poder heteropatriarcal (Llamas, 1998: 59).

El discurso en torno al afeminado marginal, con una sociabilidad pública casi exclusivamente femenina, ocupaciones y gustos socialmente asignados a lo femenino, emocionalidad débil y expresividad histriónica, que es víctima de agresiones y abusos por parte de los que creen y pretenden encarnar la masculinidad hegemónica, se hace presente en muchos de los países europeos. Ahora bien, tratamos de destacar como la violencia, la agresión, la excepción soterrada y micropresente del cuidado de la vida biopolítica, es parte consustancial de la propia construcción tanto del modelo identitario homosexual como del modelo de la mujer, y definen el espacio de “lo femenino” como alteridades constituyentes de la masculinidad. Por ello, la injuria o el insulto, emerge como un cimiento para el resto de formas de

---

<sup>20</sup> Los tránsitos escolares en la formación de la masculinidad son abordados por Vasquez del Aguila (2013), en este mismo monográfico.

violencia (Eribon, 2001). La injuria es anterior al sujeto que siempre es producido de forma violenta, pues la vida de los homosexuales, su mera existencia, es una amenaza contaminante para aquellos que encarnan la ficción heterosexual que le rodean (Vance 1989: 40); una amenaza, en torno a la cual los sujetos que creen habitar la ficción hombre heteronormativa construyen su vida, de la que se deben alejar y a la que deben atacar de forma violenta si es necesario, para marcar su diferencia.

En este sentido, la injuria, el conjunto semiótico-material que supone, cumple la función de mostrar la naturaleza insana y abyecta de los sujetos que habitan “lo femenino” sin ser realmente mujeres; y busca iluminar a la sociedad sobre una serie de sujetos y prácticas abyectas. De hecho, el sujeto de la enunciación del discurso homofóbico es mostrado como portador de un saber verdadero y legitimado para construir esos discursos estereotipados y estigmatizantes.

La injuria marca el cuerpo y define las identidades, es decir, no daña únicamente, sino que construye al ser enunciada, bajo la operación de la interpelación althusseriana. La injuria marca un cuerpo mucho antes de que este cuerpo sepa de dicha marca: “*En el fondo, cuando es proferida, la injuria nos recuerda que siempre ha estado ahí, y que su fuerza aterradora ya se ha ejercido sobre nosotros. Somos los hijos de la injuria*” (Eribon 2004: 86); y, entonces, es cuando alcanzar mayor violencia pues se transforma en vergüenza; al introducirse en nuestra subjetividad la injuria nos hace conscientes de la ruptura normativa, de forma negativa - castigándonos, auto-sujetándonos. Ella actúa como un dispositivo de alarma y autocontrol enormemente violento (Halperin y Traub, 2009), pues la vergüenza por un lado define la identidad y en la misma medida, la elimina: “*es la forma en que el maltrato a otro, el maltrato por otro, el apuro de otro, el estigma, la debilidad, la culpa o el dolor, que aparentemente no tienen nada que ver conmigo, pueden, sin embargo, inundarme con esa sensación cuyo cubrimiento parece delinear mis rasgos precisos e individuales de la forma más desoladora imaginable*” (Sedgwick, 1999: 211).

El que muchos homosexuales sean leídos bajo los discursos normativos de la feminidad constituyente que hemos presentado resultan en su condición de seres inferiores y denigrados, como símbolos de pasividad y decadencia, que actúan, sin proponérselo, como acechante amenaza (Badinter, 1996). Todo sujeto que habita la ficción política viva de hombre heterosexual debe apagar cualquier síntoma de feminidad antes de que pueda acontecer y sea socialmente señalado. De esta forma, el sujeto hombre se valida gracias al rechazo de lo “abyecto” y diferencialmente opuesto, femenino, aquello anormal que no debería existir. Esta operación evidencia como ese nosotros/ellos hombre, no es un espacio real de pertenencia sino una identificación a la que se ingresa a fin de construirla permanentemente, de forma siempre inacabada.

El hombre es erigido desde su propia enunciación como el recipiente de la fuerza y los valores morales de la normalidad en la lucha contra la perversión, pues todo sujeto que encarna la ficción hombre es susceptible de ser injuriado y situado en el espacio femenino, en una anormalidad, que es leída como monstruosa. Y es desde esa posición de poder que le confiere la creencia de ser hombre que se legitima la

acción o ejercicio de la violencia hacia los otros abyectos. La fuerza de la heteronormatividad en el uso sistemático y programado de la violencia reside en el desconocimiento, naturalización e invisibilidad de ese lugar realmente inestable de enunciación que es la masculinidad. La heteronormatividad no necesita justificarse, ella es. El poder del sujeto que habita la ficción hombre reside en su capacidad de nombrar mediante la injuria (Butler, 2004; Eribon, 2001), siendo el término “maricón”, con el que se nombra hiriendo, una forma de deificar y reforzar la identidad homosexual desde su propia abyección.

La abyección que produce la homosexualidad es fruto de una identificación social de la que hay que se debe renegar públicamente (Butler, 2002), e insistimos, se trata de una identificación que no se puede hacer en soledad por los peligros que conlleva. La masculinidad como ficción discursiva se incorpora desde el nacimiento, y supone habitar un espacio de poder y dominación sobre todos aquellos y aquellas que no lo ocupan, habitantes de *lo femenino*. De hecho, si la identidad masculina no se establece con esa muestra continua de interioridad y homogeneidad, puede llegar a ser cuestionada en la interacción social y conducir a la exclusión, a la alteridad y la frontera de la normalidad; y, es para que ello no suceda, que la propia mismidad desarrolla mecanismos que tratan que el sujeto vuelva al redil, pues la conversión de una mismidad en alteridad cuestiona a la propia mismidad en general, evidenciando las carencias de esa aparente totalidad, homogénea y perenne de la masculinidad (Pereda 1991: 45). Entre las estrategias comunes de sanción y aviso para la reconducción de la mismidad, la injuria tiene una gran potencia, estando o habiendo estado el rumor, el insulto, la broma sardónica, las miradas y actitudes de rechazo, alejamiento o cuestionamiento presentes en la vida de la mayoría de los hombres, provocando no pocos sudores, y las consiguientes y obligadas muestras *performativas* de “masculinidad verdadera”, para alejar toda duda sobre sus cuerpos e identidades.

Como remarca Sedgwick (1998), el desbordante pánico frente a la propia homosexualidad es la fuerza que lleva a las violencias contra los hombres gays y las personas transgénero, así como al homicidio sistemático. El permanente proceso de sanción y reconducimiento conduce a que la vida de muchos se desarrolle enfatizando la mascarada y la auto-sujeción a la norma, mientras para aquellos que no es posible, restan dos posibilidades: la encarnación y reproducción de la identidad homosexual normativa, con sus diferentes formas y variantes por espacios y contextos; o bien, el desarrollo de una de las grandes estrategias de supervivencia para hombres y mujeres que tienen relaciones sexoafectivas con otros sujetos de sus mismos sexos-géneros, el llamado *armario*, que es una continua negociación con la vida sobre la visibilidad, la ocultación y el peligro del desvelamiento.

La violencia hacia ese artefacto que hemos llamado “lo femenino”, que reúne a todo aquello expulsado de la ficción política viva hombre, no es una cuestión individual, ligada a un espacio geográfico particular, momento geopolítico o cultural, ni estrato social concreto. Lo femenino no ha sido gestado de forma súbita, se trata de un producto o artefacto sumamente complejo, cuyo devenir hemos tratado de abordar de forma simplificada. No hemos trazado una verdadera genealogía que excede-



ría con mucho las posibilidades de este artículo, pues deseábamos ahondar en uno de sus componentes: los sujetos con cuerpos definidos como bio-masculinos pero cuyas prácticas, deseos y *performance* social los sitúan en la ficción política viva del homosexual, gay o marica. Se trata de situar las diversas fobias hacia los no hombres como el resultado del cruce de procesos como el desarrollo político de los modernos estados-nación y el paso de regímenes soberanos a regímenes disciplinares, las nuevas formas económicas industriales y urbanas, el desarrollo de las nuevas ciencias y sus formas científicas, con el paso de formas de legitimación teológicas a positivistas. En definitiva; un cruce que permite la emergencia de nuevas formas de gobierno biopolíticas, que construye y cuida a las poblaciones, cuerpos, subjetividades e individuos, siempre bajo la forma del pastor benévolo, pues ya no será siempre necesario matar y encarcelar únicamente a fin de mantener la normatividad (*tanatopolítica*).

Por medio de ella los individuos se auto-sujetan y sujetan a las personas de su entorno, siempre en aras de su propio bienestar, siendo las nuevas identidades extremadamente importantes para su funcionamiento. Las nuevas formas identitarias entran en juego como resultado de la unión indivisible entre las prácticas y las subjetividades que desarrollan las diversas disciplinas científicas, aliadas a los aparatos del estado. Desde dichos saberes-poderes se definen con exquisito detalle, incluso taxonómico, las posibilidades identitarias que los sujetos deben habitar y a partir de las cuales se construyen los procesos de subjetivación de las personas que nacen.

Estas nuevas formas de gobierno que no buscan matar (de forma generalizada) sino regir la vida marcan con hierro candente los cuerpos y subjetividades de aquellos y aquellas que son leídos como sujetos otros, no normales. La violencia, la muerte, el estigma y la injuria están presentes en las vidas de dichos sujetos, especialmente en el caso de los que habitan el espacio de lo femenino: las mujeres y los homosexuales masculinos, las lesbianas y personas transexuales. De esta forma, podemos contemplar las violencias derivadas de la acción de las tecnologías del sexo-género como resultantes de la propia existencia de estas categorías identitarias. De hecho, habitar la ficción política viva hombre conlleva obligatoriamente un permanente ejercicio de autocontrol y de rechazo, que implica el uso de la violencia hacia aquellos otros hombres que habitan lo femenino.

Habitar lo femenino, ser mujer, homosexual, lesbiana o transexual, conlleva nacer y ser construidas con la violencia como parte consustancial de nuestras personas. En esta dirección, cuando argumentamos que el hombre es por definición no mujer y no gay abrimos un campo de comprensión y análisis para entender las dinámicas identitarias, y de reflexión en torno a las formas de las violencias de los hombres hacia las mujeres y hacia aquellos otros hombres que han perdido la posibilidad de ser tratados como hombres en sí. La masculinidad hegemónica se revela no solo como misógina, que ciertamente lo es, sino esencialmente definida por la alteridad con/ hacia todas aquellas prácticas y subjetividades que no son ella y, en este sentido, las formas de producción de la alteridad potencian la violencia como mecanismo de fronterización. La masculinidad, fijada en cuerpos nombrados como mascu-

linos en el proceso performativo de subjetivación se relaciona con la violencia hacia aquello no hombre, el artefacto político que proponemos como “lo femenino”.

Hemos tratado de recorrer los cimientos y la proyección de los regímenes de inteligibilidad, algunas tecnologías y artefactos centrales para el control y sujeción de los cuerpos durante la modernidad. Nuestra intención ha sido marcar la génesis de un proceso que nos permita establecer continuidades y rupturas con las formas de violencia derivadas de los regímenes de género que en la actualidad nos atraviesan, en especial, con las prácticas homófobas, de lesbofobia y transfobia. Sabiendo que ni las identidades ni los lugares, son estables, fijos o dados, ni tampoco son libremente elegidos ni fácilmente transformados (Massey, 1993), dejamos abierta la senda para abordar los cambios y continuidades acaecidos en los últimos 70 años y establecer dichas conexiones a futuro.

A partir de los planteamientos queer cuyas posibilidades analíticas y políticas no se circunscriben al ámbito de las sexualidades no heteronormativas, ni se limitan a evidenciar el heterosexismo como dispositivo de configuración de anormalidades, hemos abordado los dispositivos de normalización que sedimentan identidades, proscribiendo ciertas posiciones de sujeto y subjetividades que devienen abyectos, desde una posición crítica que rechaza la imposición normativa que implica esencialismo, censura o exclusión (Sedgwick, 1998). En el diálogo con la perspectiva socioespacial o de geografía política, hemos vinculado las acciones de construcción y sujeción de los cuerpos al proceso de producción espacial del principal artefacto político de la modernidad: el estado-nación; y, su correlato sociopolítico: la ciudadanía; teniendo en cuenta, a su vez, como el estudio de los cuerpos y el poder, puede hacerse a partir de un análisis multiescalar (Cabezas, 2012).

Podemos concluir que el poder no es un obstáculo epistemológico en torno a la cuestión del sexo, tal como se ha apuntado por décadas en los movimientos de liberación sexual, sino que éste más bien incentiva e impulsa su producción, cataliza el saber y le concede la posibilidad de ser, a partir de la creación de campos cercados de visibilidad, legitimados por el poder-saber. Es evidente que no hemos abordado ni explorado las prácticas de resistencia que han buscado y tratan de trascender, superar o habitar las grietas de dichos marcos de inteligibilidad. Dicho análisis, sobre los espacios paradójicos<sup>21</sup> es una línea de investigación necesaria de la que esperamos poder dar cuenta en otra oportunidad.

---

<sup>21</sup> Los espacios paradójicos son definidos por Rose (1993) como abiertos a posibilidades radicalmente diferenciadas de las espacialidades tradicionales y “transparentes” que se asocian al tratamiento del género como estable, natural y la distinción binaria entre “hombres” y “mujeres”.

**Nota:**

Esta publicación ha sido producida con el financiamiento de HERMES European Project (2011–2013) del Daphne III Programme, Comisión Europea. El contenido de esta publicación es de sola responsabilidad del autor y no refleja necesariamente la posición de la Comisión Europea.

**Bibliografía**

- Agamben, G. (1998): *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-Textos: Valencia..
- Agnew, John (2005): *Geopolítica. Una revisión de la política mundial*, Madrid: Trama Editorial
- Althusser, L. (1988): *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.
- Amorós, C. y de Miguel, A. (2007): *Teoría feminista de la Ilustración a la globalización*, Tomo III, Valencia: Minerva ediciones
- Anderson, E. (2009): *Inclusive masculinity: The changing nature of masculinities*. New York: Routledge.
- Arendt, Hanna (2006): *Los orígenes de los totalitarismos*, Madrid: Alianza Editorial
- Austin, J. (1996): *¿Cómo hacer cosas con palabras?* Madrid: Paidós.
- Avery, J. (1997): *Progress, Poverty and Population: Re-reading Condorcet, Godwin and Malthus*. London: Routledge.
- Badinter E., (1996): *.XY: La identidad masculina*, Madrid: Alianza Editorial.
- Badou, G. (2000): *L'énigme de la Vénus Hottentote*, Paris: JC Lattès.
- Bauman, Z (2000): *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa
- Beauvoir, S. de (1949) *El segundo sexo*, Madrid: Cátedra, 1998.
- Berná S., D. (2012) “Cartografías desde los márgenes. Gitanos gays en el estado español”, R. (L.) Platero (Ed.): *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada*, Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Biersteker, T. y Weber, C. (1996): *State Sovereignty as Social Construct*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Blidon, M. y Roux, S. (2011): L'ordre sexuel du monde, en *L'Espace Politique* N° 13, 2011-1 [en Internet, <http://espacepolitique.revues.org/index1813.html>, consultado 5 de mayo de 2012]
- Borrillo, D. (2001) *Hompobia*, Barcelona, Bellaterra.
- Braidotti, R. (2004): *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nomade*, Barcelona: Gedisa, 2004.
- Browne, K., Lim, J. y Brown, G. (Eds.) (2007). *Geographies of sexualities: theory, practices and politics*, Burlington, VT: Ashgate Publishng, Ltd.

- Bull, H. (2005): *LA sociedad anárquica: un estudio sobre el orden en la política mundial*, Madrid: Los libros de la Catarata.
- Butler, J. (1990): *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, New York: Routledge.
- Butler, J. (2002): *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Cabezas G., A. (2012) “Cuerpos que importan en las geometrías del poder”, en H. Cairo, A. Cabezas, T. Mallo, E. del Campo y J. Carpio (Eds): *ACTAS. América Latina: La autonomía de una región*, 841-845, Congreso Internacional XV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, CEEIB y Facultad de Ciencias Políticas y Sociología (UCM), Madrid 29 y 30 de noviembre de 2012, Madrid: Trama Editorial/CEEIB.
- Cairo C., H. (2001): “Territorialidad y Fronteras del estado-nación: Las condiciones de la política en un mundo fragmentado”, *Política y Sociedad*, 36, 29-38.
- Campos M., R. (1998): “La teoría de la degeneración y la medicina social en España en el cambio e siglo”, *Llull*, vol. 21, 1998, 333-356.
- Castro-Gómez., S. (2007): “Michel Foucault and the Coloniality of Power”, *Tabula Rasa* 6, 153-172.
- Cleminson, R. (2008). *Anarquismo y Sexualidad. (España, 1900-1939)*. Cadiz: Universidad de Cadiz Publicaciones.
- Darwin, C. (1859): *El origen de las especies por medio de la selección natural*, Madrid: CSIC 2009
- Davids, T. y Van Driel, F. (2005): *The Gender Question in Globalization. Changing Perspectives and Practices*, England: Asghate.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1989): *Mil mesetas*, Valencia: Pre-Textos.
- Donzelot, J. (1979): *La policía de las familias*, Valencia: Pre-textos
- Eribon, D. (2001): *Reflexiones sobre la cuestión gay*, Barcelona: Anagrama.
- Esposito, R. (2004): *Bíos. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires: Paidós
- Esteban G., M. L. y Távora, A. (2008) “El amor romántico y la subordinación social de las mujeres: revisiones y propuestas”, *Anuario de Psicología* 39:1, 59-73.
- Ferenczi, S. (2010): *Sexo y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós
- Fausto-Sterling, A. (1995): Gender, Race, and Nation: The Comparative Anatomy of 'Hottentot' Women in Europe, 1815-1817, *Deviant bodies: Critical perspectives on difference in science and popular culture*, 19-48.
- Foucault, M. (2006): *Seguridad, Territorio y Población, Curso del College de France 1977-1978*, Buenos Aires: FCE.
- Foucault, M. (2005): *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*, Madrid: Siglo XXI de España.
- Foucault, M. (2001): *Defender la Sociedad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1994): *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*, Madrid: Siglo XXI de España.
- Foucault, M. (1992) *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pretextos.

- Freud, Sigmund (1978): *Tres ensayos de teoría sexual, y otras obras (1901-1905)*, en S. Freud: *Obras completas de Sigmund Freud. Volumen VII*, Buenos Aires & Madrid: Amorrortu editores.
- García G., D. y Álvarez A., V. (1994): "Regeneracionismo y Salud Pública. El bienio de Ángel Pulido al frente de la Dirección General de Sanidad (1901-1902)", *Acta Hispanica ad Medin'nae Sciatiarumque Histonam Illustrandam*, Vol. 14, 23-41.
- Gilmartin, M. y Kofman, E. (2002): "Critically Feminist Geopolitics", en Lynn A. Staeheli et Al. (eds.) *Mapping Women, Making Politics: Feminist Perspectives on Political Geography*, 113-125 Nueva York: Routledge.
- Grewal, I. y Kaplan, C. ed. (1994): *Scattered Hegemonies: Postmodernity and Transnational Feminist Practices*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Gorbach, F. (2000): "Mujeres, Monstruos e Impresiones en la medicina mexicana del siglo XIX" *Relaciones, Estudios de Historia y Sociedad*, Saber, Creencia y Corporalidad XXI: 81, 39-55.
- Halperin, D. (2004): *San Foucault para una hagiografía gay*, Córdoba: Ediciones Literales.
- Halperin, D. y Traub, V. (2009): *Gay Shame*. Chicago/London: The University of Chicago Press.
- Hall (1996): "Introduction: Who Needs Identity? S. Hall y P. Du Gay (Eds.): *Questions of Cultural Identity*, London: SAGE
- Haller, J. S. Jr. (1995): *Outcasts from evolution. Scientific attitudes of racial inferiority 1859-1900*, Illinois: Southern Illinois Univ. Press.
- Hekma, G. (1996): "A Female Soul in a Male Body: Sexual Inversion as Gender Inversion in Nineteenth-Century sexology", en G. Herdt (ed.): *Third sex, third gender: Beyond sexual dimorphism in culture and history*, 213-239, New York: Zone Book.
- Hocquenghem, G. (2009): *El deseo Homosexual*, Barcelona: Melusina.
- Irigaray, L. (2009): *El sexo que no es uno ni dos*, Madrid: Akal.
- Krüger, A. (1999): "Breeding, rearing and preparing the Aryan body: creating supermen the Nazi way", *The International journal of the history of sport* 16: 2, 42-68.
- Laclau, E. ed. (1994): *The Making of Political Identities*, London: Verso
- Lamas, M. (1996): *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM.
- Laqueur, T. (1994): *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra.
- Lauretis, T. de (1993): "Sujetos Excéntricos, la teoría feminista y la conciencia histórica", M. C. Cangiano y L. DuBois (Comps.): *De mujer a género, teoría, interpretación y práctica feministas en las ciencias sociales*, 73-113, Centro Editor de América Latina; Buenos Aires
- Lauretis, T. de (1992) *Alicia ya no: Feminismo, Semiótica, Cine*, Madrid: Ediciones Cátedra.

- Lauretis, T. de (1986): *Feminist Studies / Critical Studies*, Bloomington: Indiana University Press.
- Lopez C., P. (2010): *Michel Foucault, pensar es resistir*, Santa Cruz de Tenerife: Eds. Idea.
- Mandeville, B. (1724): *Una humilde defensa de los burdeles públicos o Un ensayo sobre la prostitución, tal como se práctica en estos reinos*, Pascual, E. (ed.), Siglo XXI: México, 2010.
- Mandoki, K. (2003): "Cuerpo, lugar y discurso; reflexiones en torno a la producción del poder", *Versión* 13, 247-269.
- Mann, M. (2006): "El poder autónomo del Estado", *Revista Académica de Relaciones Internacionales* 5, 1-40.
- Marañón, G. (1926): *Ensayos sobre la vida sexual*, en G. Marañón *Obras completas* Vol. I, Madrid: Espasa- Calpe, 19ç Madrid, Espasa Calpe, 1968.
- Maseey, D (1994): "A global sense of place", D. Massey: *Space, place and gender*, 146-156, Cambridge: Polity Press.
- McDowell, L. (2000): *Género, Identidad y Lugar. Un estudio de las geografías feministas*, Madrid, Cátedra
- Meloni, C. (2010): "Más allá del Biopoder: el arte de la existencia", en S. Arribas et Al.: *Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y Capitalismo*. Madrid: CSIC, Catarata, 15-38.
- Mill, J. S. (1978) 1848: *Principios de economía política*, México: FCE.
- Miranda, M. y Vallejo, G. (2004) "Hacia la perfección humana: Raza y evolución en el pensamiento de Carlos Octavio Bunge", Buenos Aires.
- Montesquieu, C. (1784): *Del espíritu de las leyes*, traducción de Mercedes Blázquez y Pedro de Vega. Madrid, Tecnos 1972.
- Moss, P. (2005): "A Bodily Notion of Research: Power, Difference, and Specificity in Feminist Methodology", en L. Nelson y J. Seager eds.: *A Companion to Feminist Geography*, 41-59, Oxford/Victoria: Blackwell Publishing.
- Mosse, George L. (1999): *The Fascist Revolution: Towards a General Theory of Fascism*, New York: Howard Fertig.
- Nelson, L. y Seager, J. (2005): *A Companion to Feminist Geography*, Oxford/Victoria: Blackwell Publishing.
- Osborne, R. y Guasch, O. (2003): *Sociología de la sexualidad*, Madrid: CIS.
- Pedraza, P. (2009): *Venus barbuda y el eslabón perdido*, Madrid: Siruela.
- Pedraza, P. (2008): *El síndrome de Ambras y el eslabón perdido*. Madrid: Valdemar.
- Pequeño B., A. (2007). *Imágenes en disputa, Representaciones de mujeres indígenas ecuatorianas*, Quito: Ediciones Abya Yala/ FLACSO.
- Pereda, C. (1991): "La identidad en conflicto", en *La Jornada Semanal*, 99, de 5 mayo 1991.
- Pérez-Sánchez, G. (2004): "El franquismo ¿un régimen homosexual?"(Translation, adaptation, and revision of "Franco's Spain, Queer Nation?", *Orientaciones*, 7, 29-48.
- Preciado, B (2008). *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa.

- Preciado, B (2011): “Somateca, presentación del programa de actividades de Prácticas Críticas del Museo Reina Sofía, en Internet: <http://www.museoreinasofia.es/actividades/somateca-presentacion-programa-practicas-criticas>, visitado el 21 de junio de 2012.
- Puleo, Alicia (2000): *Filosofía, género y pensamiento crítico*, Valladolid: Universidad de Valladolid
- Rancière, J. (1987): *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*, 1ª ed., Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2007.
- Radcliffe, S. y Westwood, S. (1996): *Rehaciendo la Nación. Lugar, identidad y política en América Latina*, Quito: Abya Yala, 1999.
- Ratzel, F. (2011): “Las leyes del crecimiento espacial de los Estados. Una contribución a la Geografía Política científica”, *Geopolítica(s)* 2: 1, 135-156.
- Rich, A. (2001) *Nacemos de mujer*, Madrid. Cátedra.
- Riefestahl, L. (1938) *Olympia I: Fest der Völker* y *Olympia II: Fest der Schöneit*, Berlin: Olympia Film / Tobis Filmkunst, 225 min.
- Rose, G. (1993): *Feminism and geography. The limits of geographical knowledge*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Rubin, G. (1975): “The traffic in women: Notes on the “political economy of sex”, en R. Reitter (Ed.) *Toward an Anthropology of Women*, Nueva York: Monthly Review Press.
- Sabido R., O. (2011). “El cuerpo y la afectividad como objetos de estudio en América Latina: Intereses temáticos y proceso de institucionalización reciente”, *Sociológicas* 26: 74, septiembre-diciembre de 2011, 33-78.
- Sánchez A., J. (2007): *La razón salvaje: Tecnociencia, Racismo y Racionalidad*, Madrid, Lengua de Trapo.
- Sánchez A., J. (2006), *Las teorías biológicas sobre el origen de las «razas humanas» (1859-1900). Elementos para una crítica antropológica de la racionalidad tecnocientífica*, Tesis doctoral inédita. UAM.
- Sharp, J. (2005): “Guerra contra el terror y geopolítica feminista”, *Tabula Rasa* 3, 29-46.
- Searle, J. R. (1997): *La construcción de la realidad social*. Madrid: Ed. Paidós Ibérica.
- Staeheli, L. A., Koffman, E., Peak, L. (Eds.) (2002): *Mapping Women, Making Politics: Feminist Perspectives on Political Geography*, Nueva York: Routledge.
- Stoler, A. L. (1995): *Race and The Education Of Desire Foucault's History Of Sexuality And The Colonial Order Of Things*, Durham & London: Duke University Press.
- Sedgwick, E. K. (1999) “Performatividad queer: The art of the novel de Henry James”, *Revista Nómadas* 10, 198-214.
- Sedgwick, E. K. (1998): *Epistemología del armario*, Barcelona: Ediciones de la Tempestad.
- Sedgwick, E. K. (1993): “How to bring your kids up gay: The war on effeminate boys”, en E. K. Sedgwick: *Tendencias*, Durham: Duke University Press

- Strayer, J. (1970): *On the medieval origins of Modern State*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Tuncay, L. y Otnes, C. (2008): “The Use of Persuasion Management Strategies by Identity-Vulnerable Consumers: The Case of Urban Heterosexual Male Shoppers”, *Journal of Retailing* 84 (4), 487-499.
- Ugarte P., J. (2006): “Biopolítica. Un análisis de la cuestión”, *Claves de Razón Práctica* 166, 76-82.
- Valcárcel, A. (1991): *Sexo y filosofía*, Barcelona: Anthropos.
- Vance, C. (1989): “El placer y el peligro: hacia una política de la sexualidad”, C. Vance (Comp.) *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, 9-49, Madrid: Hablan las mujeres.
- Vázquez G., F. (2001): “El discurso médico y la invención del homosexual (España 1840-1915)”, *Asclepio Revista de historia de la medicina y de la ciencia CSIC*, Vol. LIII-2, 143-162.
- Vigouroux, A. y Juquelier, P. (1905): *Contagion Mentale*, Paris: Octave Doin.
- Viuda-Serrano, A. y González A., T. (2012): “Héroes de papel: El deporte y la prensa como herramientas de propaganda política del fascismo y el franquismo. Una perspectiva histórica comparada”, *Historia y Comunicación Social* 17, 41-68.
- Walker, R. B. (2012): *Espacios en lucha: Hacia una nueva geografía de lo internacional – Fragmentos sobre las condiciones espacio-temporales en la práctica democrática*, *ARI* 19, 149-171.
- Warner, M. (1999): *The trouble with normal: Sex, politics and the ethics of queer life*. Cambridge: Harvard University Press.
- Wrigley, E. A., y Souden, D. (1986): *The Works of Thomas Robert Malthus* Vol. I, London: W. Pickering.
- Yuval-Davis, N. y Anthias, F. (1989): *Woman – Nation - State*, London: Macmillan.